

## La coinvestigación como acción política\*\*

---

Por Guido Borio, Francesca Pozzi y Gigi Roggero  
[Revista *DeriveApprodi*, Roma-Milán]

“EL CONOCIMIENTO NO ES MÁS QUE CONOCIMIENTO. Pero *el control del conocimiento* – eso es la política”. Esta fulminante y temeraria consideración de Bruce Sterling en *Distracción*<sup>1</sup> podría utilizarse con buenos resultados para sintetizar la práctica de la *coinvestigación*. En tanto que actividad de transformación de lo existente, lugar de formación y de cooperación diferente, la coinvestigación es al mismo tiempo –constitutivamente *al mismo tiempo*– producción de un conocimiento distinto, experimentación de prácticas organizativas y espacio de resubjetivación. Por decirlo en pocas palabras: tanta *investigación* sin *co-* narración sociológica con medios precarios; tanta *co-sin investigación* lleva a una producción ideológica estéril.

En las experiencias de encuesta de los últimos años en la provincia italiana, la función evocadora de la palabra ha prevalecido con frecuencia sobre su práctica real. La encuesta se ha utilizado en ocasiones como atajo de autolegitimación con respecto a las dificultades de la acción política. En la actualidad, tal vez hayamos entrado en una fase distinta. La irrupción de los nuevos movimientos en un escenario global que se creía pacificado ha barajado las cartas de manera prolífica. De este modo, como sucede siempre, el impulso subjetivo de las luchas ha puesto en tela de juicio no sólo el estado de cosas existente, sino también las tranquilizadoras identidades preconstituidas de quienes lo cuestionan. En este espacio nuevo, resurge esa *inclinación hacia la investigación* sin la cual el militante político no es sino un megáfono ideológico separado de las dinámicas reales o una figura fría y conservadora del propio papel o de lo que existe, ya sea un partido o una organización alternativa.

Por consiguiente, ¿cuándo se hace investigación? Se hace investigación cuando no se tienen certezas, cuando no se sabe qué es aquello que pasa a ser objeto de conocimiento ni cómo intervenir en él. Esta disposición suele verse obstaculizada por una cierta tendencia a refugiarse en identidades estáticas y congeladas, actitud particularmente extendida entre las subjetividades políticas formas en el (quizá aparente) “largo invierno” italiano de la década de 1980 y de principios de la década de 1990, en el estancamiento de los conflictos sociales abiertos. La necesidad de cercar la propia resistencia ha prevalecido entonces sobre la difícil construcción de hipótesis y de trayectorias nuevas. Frente a esto, la coinvestigación siempre es crítica y problematización, no permite acomodarse en certezas momificadas, dadas y pensadas de una vez por todas: las certezas hay que conquistarlas sobre el terreno, para volver a ponerlas continuamente en discusión y formular nuevas hipótesis. Desde un punto de vista parecido, habría que afrontar también la resbaladiza cuestión de la identidad, eso que sirve para reconocerse y para que se nos reconozca: la identidad es necesaria, pero no puede sobrevivir invariable a los procesos que la han alimentado, so pena de

---

\*\* Esta es una reproducción del capítulo N° 3 del libro *Nociones Comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Precarias a la deriva, Colectivo Situaciones y Colectivo Sin Ticket. Editorial Traficante de Sueños, Madrid, 2004.

<sup>1</sup> Bruce Sterling, *Distracción*, Madrid, Fábrica de ideas.

convertirse en un freno y en un lastre. Hay que construir una identidad-proceso, capaz de situarse *dentro* de las dinámicas de conflicto y *contra* la propia hipóstasis.

En estas páginas, es justo advertirlo, no es nuestra intención hablar de encuesta e investigación desde el punto de vista de un cientifismo académico: nuestro punto de vista, la lente a través de la cual miramos la realidad, es *política* e irreductiblemente *de parte*. De esa parte que se ve expropiada de las propias capacidades y posibilidades de cooperación autónoma; de esa parte que ambivalente que, a través del trabajo, se ve embriada en los mecanismos de valorización capitalista, pero puede convertirse en fuerza para sí misma. Por otro lado, no nos interesa limitarnos a disertaciones teóricas abstractas sobre la coinvestigación. O ésta se entiende como instrumento concreto de una acción política nueva y diferente, que crece desde dentro y no fuera de los procesos de movimiento, o es una categoría vacía.

Entonces, o la coinvestigación vive en la experimentación de trayectorias de transformación que sepan conjugar virtuosamente teoría y práctica, o corre el riesgo de caer en la especialización disciplinar, faltando a sus intenciones declaradas de transformación. Coinvestigación significa *práctica teórica*, reinención de las formas de la militancia. Estas páginas, por lo tanto, pretenden ser una contribución propositiva a la construcción de experiencias de coinvestigación que no partan de presupuestos unitarios embrolladores, sino que sepan encontrar en la experimentación en contextos diferentes los elementos comunes de confrontación y cooperación. Si este breve ensayo consigue ofrecer a militantes concretos o a ámbitos colectivos de intervención algunos elementos de reflexión, instrumentos de manejo y perfeccionamiento ágil o simplemente alguna buena pregunta; si, en definitiva, se convierte en teoría *para y en la praxis* de quien sueña y lucha por “otro mundo posible”, entonces habrá cumplido ya un primer e importante objetivo.

### ***Encuesta y coinvestigación***

Analicemos más de cerca qué es la coinvestigación, qué caracteres peculiares presenta, en qué reside su politicidad. Ante todo, hay que distinguir entre el método de la coinvestigación y el método de cooperación de la actividad de coinvestigación. En otros términos, distinguir entre construcción de instrumentos técnicos y experimentación de organización política. La coinvestigación, a diferencia de la encuesta tradicional, también de la obrera, no confía a organismos externos y especializados la producción de conocimiento. La elaboración de la estrategia política de las propias trayectorias es *interna*, no externa, al ámbito de cooperación de los coinvestigadores. El control del conocimiento es la política. Por otra parte, es preciso plantearse la cuestión de la contrautilización de los medios capitalistas, incluidos, entre otros, los instrumentos movilizados por las ciencias sociales, para potenciar la propia acción. El problema, no obstante, no consiste en su mera utilización para fines distintos de los sistémicos, porque los medios no son neutros: hay que someterlos al mismo tiempo a discusión, combinarlos de maneras peculiares, curvarlos, invertirlos, transformarlos. Por lo tanto, se trata de elaborar y poner a prueba metodologías experimentales, flexibles, que puedan constituir modelos abiertos, ponerse en circulación y confrontarse con experiencias distintas. Todo ello partiendo de la tesis de que la política no puede de ningún modo quedar reducida a los parámetros de la ciencia galileana, en la medida en que no se basa en hechos sino en *acontecimientos*, los cuales, por naturaleza, son hechos únicos e irrepetibles. Por consiguiente, contrautilización también de la ciencia para potenciar una acción no científica; combinación de

identificación de la tendencia, acción en la imprevisibilidad y contingencia del acontecimiento.

A partir de aquí, podemos decir que encuesta y coinvestigación no son lo mismo: entre ambas categorías y prácticas existen por lo menos tres grandes diferencias. Ante todo, la encuesta es extemporánea, es decir, dura un lapso de tiempo determinado y después se acaba; la coinvestigación, por el contrario, se configura como una procesualidad abierta, un devenir en espiral que sedimenta nuevos estratos de conocimiento y de prácticas, de los que volver a partir para construir a su vez otros nuevos. En segundo lugar, mientras la encuesta se coloca en una dimensión principalmente cognoscitiva, la coinvestigación es actividad concreta de transformación de lo existente. Por último, como ya habíamos recalado, mientras la encuesta presupone una separación entre la producción de conocimiento y la elaboración de la trayectoria política, la coinvestigación se propone una circularidad (pero no una confusión) entre los dos momentos. Es decir, conocimiento y acción política son dimensiones distintas entre sí, pero no separadas. Con frecuencia, más que por sus resultados, la coinvestigación es importante en tanto que espacio de autoformación política de los militantes. A su vez, la coinvestigación proporciona sistematicidad y eficacia a la acción política.

Por otro lado, encuesta y coinvestigación no se contraponen por completo. Por el contrario, la encuesta constituye una fase específica de la coinvestigación. Por ejemplo, se pueden distribuir cuestionarios para comprender mejor cómo está compuesta una realidad particular que se quiere investigar y en la que se intenta intervenir; esto será de utilidad, por una parte, para entrar en contacto de manera exploratoria con el ámbito escogido y, por otra, para construir y seleccionar una red de relaciones y contactos que se conviertan en una base de partida y de avance para la propia acción política y coinvestigadora.

### ***Construir y experimentar modelos de coinvestigación abiertos y flexibles***

A partir de lo que hemos venido argumentando hasta aquí, resultará evidente que la práctica de la coinvestigación evita las pretensiones de modelos unificadores, que apelan a una objetividad científica mítica. En cambio, es importante la confrontación metodológica: partir de hipótesis bien definidas que se puedan poner en discusión y de un esbozo de proyecto que se someta a verificación en la propia práctica, para modificarlo y enriquecerlo a medida que avanzamos. ¡Una especie de verdadero “*learning-by-doing*” [aprender haciendo], depurado por la ideología del capitalismo posmoderno!

Esquematizando de manera reductiva, la primera fase de una trayectoria de coinvestigación (que, en cuanto proceso, como hemos visto, es mucho más complejo y está más estratificado y articulado) se puede subdividir metodológicamente en tres partes:

- a) Formulación de las hipótesis iniciales y elección de la composición discriminante en la que se empezará a intervenir.
- b) Contactos con los sujetos preseleccionados, entrevistas, nuevos sujetos que contactar y nuevas entrevistas.
- c) Verificación colectiva de las hipótesis, crítica y enriquecimiento de las mismas, elaboración de los resultados y producción de nuevo conocimiento en la experimentación de nuevas prácticas de cooperación política coinvestigadora.

Los instrumentos elegidos (cuestionario, entrevistas dirigidas, videoentrevistas, etc.) varían en función de las exigencias específicas y también cabe utilizar varios instrumentos al mismo tiempo. Lo importante es tener siempre bien presentes y no perder de vista las hipótesis, las intenciones y las finalidades de la propia trayectoria. Las hipótesis, articuladas verticalmente en función de planos de realidad, conectan la investigación a la teoría, siempre en reelaboración crítica. A este respecto, puede resultar de utilidad, para el grupo que lleva adelante la coinvestigación, describir todos los pasajes: empezando por un documento de presentación del propio proyecto y de las hipótesis de las que se parte, hasta el guión de las entrevistas, el desarrollo concreto de la trayectoria, las discusiones internas y los eventuales momentos públicos y de difusión de las propias elaboraciones colectivas.

Si se ponen en comunicación, se las hace interaccionar y se las inserta en un circuito de confrontaciones, las distintas experiencias pueden dar vida, incluso desde el punto de vista metodológico, a modelizaciones experimentales que poner en circulación y, al mismo tiempo, pueden producir de manera autónoma nuevos lenguajes. En suma, la coinvestigación, en tanto que producción inacabable de conocimiento distinto, ¡constituye realmente una práctica *open source*, no patentable y contraria a todo *copyright*!

### ***Coinvestigar dentro del movimiento nuevas trayectorias de transformación***

Desde hace tiempo, son evidentes –por lo menos en el contexto italiano- las amplias dificultades que encuentran las realidades organizadas para comprender las potencialidades del movimiento y, con frecuencia, incluso los momentos de emersión. Si, por una parte, el movimiento ha demostrado con creces que no puede reducirse a la suma de sus componentes organizadas, que se ven puntualmente sobrepasadas y atravesadas, por otra parte, cada vez con mayor frecuencia, los militantes tienen que vérselas con una dificultad generalizada para leer la composición real y las peculiaridades de éste. Todo ello constituye al mismo tiempo una gran riqueza y un problema manifiesto. La pluralidad de prácticas y de sujetos activos, de hecho, ha hecho saltar rejillas interpretativas inadecuadas, *practicando* –en la materialidad de los procesos y no en el seno de las ideologías- una crítica radical de la representación política. Esto no ha conducido todavía a la *producción de representación política autónoma*, en tanto que elaboración proyectual, sedimentación de relaciones de fuerza, apertura de procesos de experimentación de formas organizativas –flexibles y transitorias- que vayan más allá de las formas puestas definitivamente en crisis. He aquí el problema, un problema que (por fortuna) no cabe resolver a través de una mera sucesión en la representación política. Se trata de una cuestión abierta y, en este contexto, las prisas “de escritorio” no son buena compañía.

Para simplificar: ¿dónde están empleados, qué hacen y qué piensan los centenares de miles de personas que, por lo menos desde 1999, llenan las calles globales, de Seattle a Génova, de la ciudad de Québec a Johannesburgo, de Melbourne a Florencia, hasta los 110 millones de las movilizaciones contra la guerra del 15 de febrero de 2003 y los casi otros tantos de un año después, desmintiendo puntualmente con los hechos a quienes cada dos por tres se precipitan a celebrar el “funeral del movimiento”? ¿Qué subjetividades afloran, en el plano colectivo y en el singular, y en el entrelazamiento entre procesos colectivos y singularidad? Ante estas preguntas, la coinvestigación se hace vital y necesaria.

En primer lugar, por lo tanto, hay que elegir dónde coinvestigar. En su trayectoria discriminante, la coinvestigación no se mueve tanto, o por lo menos no sólo, con los que –por decirlo con *Matriz*- parecen haber ingerido la píldora roja (es decir, los sujetos ya politizados) o la píldora azul (los sujetos homologados felices y contentos, consumidos en los engranajes de la transmisión de obediencia y consenso). Nos interesa la *zona gris* que está en medio, de fronteras muy hábiles y en continuo movimiento: quien no acepta sin ser (considerado) políticamente activo, quien está ávido de otra cosa sin socializar (todavía) los propios deseos de transformación. Se trata de la zona de la potencia, del espacio de lo posible, del lugar de la ambivalencia fuerte, del combustible del movimiento.

La propia acción coinvestigadora deberá radicarse en la mayor medida posible en la *ambivalencia* de los procesos, sabiendo aferrar su genealogía bilateral: saber leer, pues, *no sólo* el lado del mando capitalista, sino *también* la marca del conflicto y del rechazo, de la alteridad de los comportamientos, de la construcción aquí y ahora de formas de cooperación diferentes. La marca profunda de lo negativo por el lado del capital, la cara de la transformación por nuestra parte. Partir de un proyecto y de hipótesis, someterlas a verificación, modificarlas y aplicarlas, construir planos más avanzados de conocimiento y de fuerza. Sintetizando: coinvestigar qué fuerzas, de parte, para qué transformación, con qué organización. Dentro de un movimiento global que -en la crisis definitiva de los mecanismos de la representación y de las interpretaciones cíclicas, en la reconfiguración de las coordenadas espacio-temporales en las que se mueve, en la excedencia de conflicto con respecto a sus componentes organizadas- cabe definir como *espacio de politización abierto y complejo*<sup>2</sup>.

### ***Poner en red las experimentaciones***

Ya se han puesto en marcha pequeños experimentos de encuesta, hay distintas hipótesis prometedoras en cantera. Circula por ahí una necesidad generalizada de construir formas de comunicación y de confrontación, una exigencia fuerte de ponerse en red. Los ámbitos y nodos predominantes en los que se experimenta distinguen ya, *in nuce*, algunos baricentros posibles: escuela y universidad, por lo tanto, formación; migrantes y trabajo migrante; comunicación; precariado, nuevas formas de empleo y, en términos más generales, de trabajo. Entre los distintos recorridos, hay diferencias de localización, de ámbito y de perspectivas. No obstante, contrarios a nefastos íconos unitarios, debemos plantearnos el problema de coinvestigar no sólo la multiplicidad en lo común, sino también lo *común en lo múltiple*, si no queremos correr el riesgo de ir a remolque de esos apologetas del “pensamiento débil” que, no pudiendo dominar la complejidad, la trocean en mil fragmentos, reivindicando la propiedad de uno específico. La parcialidad y la crítica del universalismo del que partimos, de hecho, no tienen nada que ver con el multiculturalismo democrático, exaltación instrumental de las diversidades (entre iguales...) dirigida a justificar la hegemonía cultural y política de la burguesía occidental. Tal y como observa con agudeza Christian Marazzi, “haber dado por conquistada la exaltación de las diferencias al plural ha alumbrado y generado en realidad auténticos monstruos. El hecho de que un Fortuijn sea sujeto de las diferencias múltiples, y haya pagado por ello, desarrollando una posición de rechazo de lo diferente, de rechazo de la cultura islámica (en la línea de Huntington, reivindicado por éste en más de una ocasión), nos parece que demuestra lo ambigua que resulta la

<sup>2</sup> Cfr. *Lugares comunes*, en *Contrapoder*, N°8, verano/otoño de 2004.

cuestión de lo múltiple y de las diferencias múltiples, cuando éstas no se refieren a su vez al problema de fondo, que es el problema de la diferencia: diferencia sin duda de género, pero también diferencia entre capital y trabajo, diferencia que materializa el conflicto dentro y contra el capital”<sup>3</sup>. El nudo problemático se encuentra en la construcción de una acción sincrética que, partiendo de las propias pluralidades irreductibles e inalienables, dé forma y sustancia al objetivo común de transformación.

Cabe hacer un razonamiento análogo para la categoría de *multitud*. Muchas dudas suscitan las teorías que la interpretan como sujeto ya dado, o bien como calco sociológico satisfecho de la fragmentación social, o incluso como triunfo de una sociedad civil mítica e indistinta. La categoría de multitud resulta, en cambio, extremadamente fecunda cuando se configura como espacio de consideración de la relación dinámica entre singularidad y colectivo<sup>4</sup>, como lugar plural de subjetivación potencial. El acento se pone aquí en la parcialidad irreductible, en la crítica material del universalismo puesta en marcha por comportamientos sociales singulares y colectivos (por ejemplo, por el “derecho de fuga” practicado por los migrantes).

Ensambradas por la capa asfixiante del concepto de “pensamiento único”, las décadas de 1980 y 1990 han estado surcadas por la ambivalencia de los comportamientos de eso que en la actualidad llamamos multitud, entre cinismo y construcción de nueva socialidad, entre individualismo y valorización de las singularidades. En los comportamientos de rechazo y resistencia incluso no directamente políticos, se establecían muchos canales de comunicación, se sedimentaban nuevas prácticas, se excavaban galerías subterráneas a través de las cuales pasaba una tensión transformadora confusa, plural y fuerte hacia otro mundo, quizá todavía no imaginado como posible, pero sin duda percibido como necesario. Estas retículas de pequeños topos pasaban, desde luego, por las realidades de movimiento organizadas, pero también sedimentaban sus canales de comunicación en las cooperativas sociales o en el consumo crítico, en la militancia sindical, en el compromiso con la defensa del medioambiente o en las mejores experiencias de voluntariado: o en todos o en ninguno de estos ámbitos, simplemente utilizados por millares de individuos para hacer un trecho del camino común adquiriendo experiencias y competencias y superándolas continuamente.

La apuesta que nos encontramos lanzando en estos momentos radica en la redefinición y, en algunos aspectos, la reinención de la práctica de coinvestigación. Uno de los problemas más palmarios se refiere a la espacialidad de las formas de trabajo. Mientras que, en las décadas de 1950 y 1960, las naves industriales concentraban y especializaban con una temporalidad bien definida a los obreros, por entonces sujeto de clase que impulsaba las luchas, ahora la situación es profundamente distinta. Por una parte, no hay ninguna figura social central y con probabilidad ya no se dará nada parecido. Por otra parte, a primera vista, ya no hay espacios circunscritos en los que se junten grandes cantidades de sujetos puestos a trabajar. Pero, en estos momentos, también podemos invertir el problema de la espacialidad: es decir, coinvestigar en la dispersión espacial y, al mismo tiempo, construir espacios (móviles, transitorios y también virtuales) en los que los sujetos dispersos se reconozcan. Por ejemplo, una colección dentro de una editorial que publique materiales de encuesta, una radio, un periódico, un espacio telemático o una televisión independiente pueden ser instrumentos de espacialización política de sujetos disgregados, a través de los cuales

---

<sup>3</sup> Christian Marazzi, Intervención en el seminario “L’operaismo a convengo”, Roma, 1-2 de junio de 2002.

<sup>4</sup> Resulta muy valioso en este sentido el planteamiento que ofrecen S. Mezzadra y M. Ricciardi en “Individuo e política: uno spartito marxiano”, en *DeriveApprodi*, Roma, primavera de 2002, n° 21.

emprender y reforzar procesos de coinvestigación. Lo importante es conseguir utilizar la pluralidad de medios, atravesándolos críticamente y transformándolos, sin pensar que uno en particular pueda ser de por sí portador de la nueva forma de acción política o, de manera inmediata, de la liberación.

Para hacer esto, es preciso situar el propio ángulo visual a partir de la ambivalencia de los procesos: invertir la perspectiva puede abrir el camino a claves interpretativas que se coloquen en posición de alteridad con respecto a lo existente. Por ejemplo, en las décadas de 1950 y 1960 en Italia, la izquierda pintaba a los obreros-masa que emigraban desde el sur hacia la ciudad-fábrica de Turín como masas de desheredados empujados por la miseria. En realidad, tal y como pusieron en evidencia los coinvestigadores de las revistas *Quaderni Rossi* y *Classe Operaria*, se trataba de jóvenes con un nivel de escolarización media, portadores de culturas combativas que se habían formado en las luchas de las campañas meridionales, empujados no sólo por las condiciones de pobreza sino también por la búsqueda de una vida mejor y de otro mundo, representado ambiguamente por la sirena del comunismo de masas naciente. Se trata de la misma atención hacia las exigencias subjetivas que Sandro Mezzadra pone en evidencia cuando habla del “derecho de fuga” de los migrantes<sup>5</sup>: desde luego, no para negar las condiciones de sufrimiento que los empujan, sino para identificar los comportamientos de no aceptación que exceden continuamente el sedicente orden global. Se saca a la luz, así, la crítica material ejercida por los migrantes con respecto a las fronteras establecidas y a la división internacional del trabajo, sin nostalgia alguna por aquello que se deja a las espaldas, a partir de los angostos confines del Estado-nación. Una vez más, piénsese en la interpretación de la flexibilidad de los trabajadores: con toda seguridad, ésta se ha convertido hoy en día en un instrumento de precarización de las condiciones de vida; pero, por otra parte, ¿cómo no ver en ella la marca profunda del rechazo del trabajo, de las luchas obreras por escapar de la cadena (de montaje) de la dependencia? Si se olvida una cara, la del conflicto y las exigencias subjetivas, se acaba llorando sin cesar por la “maldad” capitalista que ataca unilateralmente a un proletariado “mártir” inerme y desencarnado. Si se olvida la otra cara, la del dominio, podemos encontrarnos intercambiando con entusiasmo procesos de innovación sistémica para la liberación producida.

En otros términos, se podría decir que cada vez que los sujetos particulares hacen funcionar autónomamente las consignas de la constelación conceptual de lo que se define como postfordismo –flexibilidad, movilidad, centralidad de la innovación, imprevisibilidad, adaptabilidad, fragmentariedad, no serialidad, singularización-, ponen en crisis los mecanismos de valorización capitalista. Cuando estas categorías dejan de ser recursos soportables para las exigencias del mercado de trabajo, el problema pasa a ser el del control de la excedencia subjetiva, de los comportamientos de la multitud que convierten la flexibilidad del trabajo en flexibilidad del conflicto y de la cooperación libre.

Philip K. Dick, al analizar la clara diferencia entre su *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*<sup>6</sup> Y la versión cinematográfica de esa novela, *Blade Runner*, hacía notar que el libro y la película no se obstaculizaban entre sí, sino que se reforzaban recíprocamente. Porque, decía Dick, la diferencia reside en el hecho de que un libro habla, mientras que una película se mueve; un libro tiene que ver con las palabras, una película con los acontecimientos. Aquí reside la cuestión: recombinar dinámicamente la potencia de las palabras con la fuerza del acontecimiento, la película de una

---

<sup>5</sup> Sandro Mezzadra, *Diritto di fuga*, Ombre Corte, Verona, 2002. (Próximamente editado en castellano por las editoriales Tinta Limón y Traficante de Sueños.)

<sup>6</sup> Philip K. Dick, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, Edhasa, Madrid.

transformación sin fin con el libro de otro mundo por inventar, más allá del capitalismo. Encarnar la práctica teórica en trayectorias reales. Lo cual quiere decir: descolonización de la subjetividad colectiva y singular, desmercantilización de los lazos y de las relaciones, destrabajización de la acción humana. Organizar las energías para transformarlas en una estrategia móvil y plural: he aquí la interesante apuesta que el movimiento global puede asumir, si quiere pasar de la *zona roja* de las contracumbres a la *zona gris* activable potencialmente en trayectorias de arraigo combativo flexible, transformación capilar y sedimentación de la proyectualidad. Otro mundo no es posible en un mundo lejano, vive ya –acaso confusamente– en los pliegues ambivalentes del presente, en la multiplicidad de tensiones conflictuales y de fragmentos de cooperación autónoma de la multitud: se trata de darles la fuerza para liberarse de la cara capitalista. No partamos con la pretensión de dar respuestas: ya sería mucho empezar a plantear y a plantearse preguntas que abran perspectivas. Eso es la coinvestigación.